

## EL DESPERTAR DEL TORO Y EL SUEÑO DE EVARISTO

Vicente Romero (Tosca)<sup>1</sup>

Era el día más grande. El bajar al toro del Villar marcaba un antes y un después en nuestra corta existencia, era como un despertar al mundo del que poco o más bien nada habíamos visto hasta entonces. Y no es que no hubiésemos viajado, que con algún año menos ya habíamos ido a echar la yegua a Frías y, algunos, hasta la feria de Orihuela a comprar algún mulo viejo, pero aquellos viajes no dejaban de ser una prolongación de los olores de la cuadra; y lo poco que habíamos montado en coche, si acaso el de línea, era para sufrir el martirio del mareo y la vomitina. Tampoco es que no tuviéramos libertad de movimientos, que a la hora de trabajar sí que teníamos toda la del mundo, y desde hacía varios años, casi desde que veníamos a este mundo, pues en vez de nacer con un pan debajo del brazo, nacíamos con morral, *saquillote* de la merienda y con la mano agarrada al ombligo como si tirara de un ramal, aunque esta libertad no había supuesto otra cosa que no fuese padecimiento. El ir solos de fiestas era otra cosa, aquello suponía una especie de mayoría de edad que nos abría las puertas a nuevas sensaciones que, vistas desde hoy, pueden parecer muy simples pero, en el contexto de la edad, el grado de aislamiento y el calendario laboral que padecíamos en aquellos tiempos (fiesta, los cinco días de las patronales y hasta el Pilar vas y buscas) la cosa cambia.

Ni la sofoquina del acarreo del pipirigallo de aquella mañana, ni la amenaza latente de los surcos de patatas plagados de armuelles y crines de caballo del día siguiente, habían hecho mella en nuestro ánimo. Nuestros cuerpos de pocas chichas y músculos minúsculos y atendonados ya estaban curtidos en batallas más duras. Después de cruzar como descosidos *los Royos*, en la cuesta de *la Tejería* arrebábamos campo a través. Una vez en el alto, sin darle tregua al resuello, nos lanzábamos desesperados por *la Calzada*, escurriéndonos en los casquijos con los *mari-pises Tao* de poco agarre, niki del *Tío de Tarancón* y vaqueros de *Bernabé de Torres* (ya no vestíamos nada del *Tío Verruga* que se resistía a los nuevos tiempos y seguía ofertando alforjas, panas, boinas, talegas y demás reliquias traídas en carro desde Alustante). Antes de llegar al fondo, nos sacudíamos las pantorrillas quitándonos a manotazos los restos de los cardos que con el roce de las samugas se habían incrustado en la entrepierna. En el último asomo, impresionaba la visión de aquel

---

<sup>1</sup> Guadalaviar.

pueblo medio engullido por una especie de calderón, como si se lo estuviese tragando un tenazo, y eso que ya habíamos tenido ocasión de verlo en alguna de las visitas de confraternización pastoral entre los pueblos que, de cuando en cuando, organizaba mosén Antonio.

Al cruzar el puente, desde dentro del *Ventorro*, se escuchaba un ronroneo taurino mezclado con las notas de un acordeón que alguno de los hijos del *Zapatero de Frías* interpretaba al dictado de su padre. Subiendo por la fachada de la *Casa Grande* se adivinaba el toledo del turronero que te hacía memoria del encargo de tu madre: "*compra turrón de guirlache, peladillas y, si te da, tarta de cañamones. Lo que sobre te lo gastas*"; veinticinco pesetas liadas en un pañuelo dentro del bolsillo, a quince estaba el turrón, a ocho las peladillas "*ojito a cómo estaban las peladillas*"; total: ni cañamones, ni nada de nada. Allí mismo, nos tropezamos con la fuente redonda de pilón amenazante –que recordaba las limitaciones en pueblo forastero- y trago imposible, había que hacer más de mil filigranas para dar cuatro lametazos al chorro sin choparse las rodillas. Más hacia la plaza, y a sombra del descomunal chopo que la presidía, estaban los maletillas tapándose la cara con la viserilla a la altura de la nariz y recostados sobre un fardo de cuadros pequeños y pardos donde envolvían sus trastos. Al rato, aquellos seres de poca alzada, barrigudos, ennegrecidos y con los carrillos cosidos a cornadas, preparaban su ritual sacando tripa y citando con la cara desencajada y unos sonidos indescifrables a unos toros imaginarios, a los que daban pases de factura impecable que eran jaleados con sorna por otro grupo de curiosos ya más metidos en el alcohol y la fiesta. Transmitían una sensación de tener poco que perder y nada que ganar que no fuera el reino de los cielos, porque en el día del balance final qué poquico tendrían que agradecer a Dios aquellos hombres.

Llegaba el mercedes de "*Guerrita*" -ahora lo recuerdo antiguo, entonces impresionante, al igual que el Dogged de "*Cubalibre*", encargado-promotor de la Urbanización de Bucar- con un aplique redondo en la vaca para colocar el botijo, donde se podía leer el nombre del maestro pintado a brocha con las letras rojas chorreantes. Poco después, las mulas de *Cayo* acicaladas con papel de celofán desde las orejas hasta el rabo completarían el paseillo. Comenzaba la corrida y supongo que acabaría sin pena ni gloria, pues no recuerdo nada digno de mención que no fuera el negror de los toros y nuestro comentario taurino orgullósón de: "*aquí solo tienen dos toros, nosotros tenemos cuatro*"

Los cinco vigones atravesados entre cabrios que daban cuerpo y forma a los distintos tramos del ruedo, hacían imposible la misión de los maletillas (apenas hueco entre vigas y demasiada altura para llegar a la última) que ni querían, ni podían intentarlo; haciendo amago de saltar, se situaban estratégicamente cerca de la pareja de la guardia civil para ser detenidos, no fuera a ser que el inoportuno empujón

de algún gracioso –que vaya si los había- los metiera en algún trance de difícil salida. Acabada la corrida, ya libres, daban la vuelta al ruedo con cara llorona y lastimosa exagerando el castigado sufrido en la detención, maldiciendo y pidiendo perdón por no haber podido justificar con alguna faena jugosa las cuatro pesetas que ahora limosneaban con la muleta extendida.

Como resultado del negocio de los turronec, aparte de ir toda la tarde noche con los dulces encima, el gasto total en refrescos y caprichos fue cero. La visita al *Bar de Antoñete* se convirtió en un acto cultural de esos en los que solamente se mira: “*ahí hay un bar*”, menos mal que en tiempos de necesidad la solidaridad aflora y alguna bota caritativa nos permitía un estrujón para echar al paladar un trago de vino aponchado con canela y no sé qué clase de refresco de la época. La cuestión de la merienda-cena se solventó con una especie de acogimiento por parte de algunas amistades paternas. En este momento sagrado, se disolvía el grupo y cada uno se buscaba la vida; años después, serían la propia simpatía, así como el principio de reciprocidad los cauces empleados para tener acceso a las tinajas ajenas.

Al estar en esa edad en la que se empieza a ver más allá de las faldas y aunque sin saber bien el qué, la cuestión es que se estaban despertando nuestros instintos y alguna cosa más. Eran tantas las sensaciones que se nos ofrecían y nos tentaban, que había llegado el momento de experimentar. Con tantas expectativas, teníamos que hacer un intento de acercamiento hacia el primer grupo de muchachas, eso sí, bien hecho: repeinados, con la sonrisa tontona y demás artes del cortejo; pero todas las ilusiones se desvanecían de golpe con el saludo imprevisto que recibíamos de: “*chichorreros feos*”.

Viendo semejante recibimiento, desengañados, nos dimos cuenta de que el despertar no iba a ser de golpe y todavía había que restregar alguna legaña; estaba claro que durante algún tiempo tendríamos que seguir dedicándonos a la reflexión hasta que se nos aclararan un poco los ojos. También es verdad que, años después, llegaría el desquite en el salón del Ayuntamiento; porque los *villarencos* podrían tener otras cosas, pero a la hora de organizar bailes –quitando la neura del pasodoble a dos manos- eran únicos: como iluminación, unas luces de color rojo tenue-apagón donde una vela hubiera deslumbrado, y como único repertorio discográfico “Demis Roussos y los Indios Trabajaras”, con algún intercalo de Roberto Carlos con aquello del gato triste y azul para mover el ambiente.

Fue a principios de los setenta cuando, condenado por la edad a la observación, en una de aquellas primeras andaduras hacia los toros del Villar conocí a *Evaristo*. Era un personaje extraño, como salido del cine mudo, disfrazado con sombrero de copa y pajarita, animando la fiesta con serpentinas, pitos y otros elementos raros que hasta entonces no había visto, al que ya nunca pude ver en estado normal, si

no es que era éste de natural su estado. La primera vez que lo vi en acción quedé asombrado, fue cuando estando el conjunto "*los Armónicos*" el momento cumbre de la interpretación de su canción estrella "*Los jardines de Granada-da-da*", interrumpió el baile -y eso en el Villar, tratándose de una canción de agarre, era el más grande de los sacrilegios- anunciando un concurso de piernas de tíos. A los dos minutos ya tenía seis ejemplares autóctonos en el escenario dispuestos a bajarse los pantalones y a enseñar las piernas y sus lencerías interiores. Y así fue. Las zurrapas traseras y el frontal amarillento de algunos de aquellos "*marianos*" daban más merito al convocante al evidenciar lo imprevisible del acto; Elías fue reconocido (por votación femenina) como el mozo con mejores remos, aunque algunos participantes cuestionaron la victoria dado el abragamiento de sus calzones.

Seguí con interés la trayectoria y el poder de convocatoria festiva de aquel hombre hasta tal punto que, en alguna ocasión, acudía al Villar a media tarde para comprobar en vivo sus ocurrencias. Siempre me pregunté qué grado de sumisión u obediencia debida podían tener con él. Porque uno había visto, y siguió viendo en Guadalaviar organizar magníficas charlotadas, pero ¿quién se negaba a ponerse una falda ante los antojos del organizador?.

Años después, intenté trasladar a mi pueblo alguna de aquellas invenciones: Mientras en un concurso, yo pedí que me trajeran un topetejo, una rana y un barrastro, y no apareció más que un rastrillo, dos cucharitas y un badil; *Evaristo*, antes, pidió algún objeto relacionado con la era y la plaza se plagó de trillos y ablen-tadoras. Después exigió traer un gorrino y todas las calles eran un gruñir de cochinitillos; por cierto, cuando todos pensábamos en la descalificación de los hermanos Juan Antonio y Pedro, de pronto, se empezaron a escuchar escandalosos chillidos de matanza, apareciendo los dos por la esquina de la *Casa Grande* arrastrando de las orejas a una marrana que bien seguro ganaba en arrobas a los dos juntos.

Que consiguiera que enseñaran los calzoncillos, bueno; que le trajeran los objetos más raros y pesados, vale. Pero cuando organizó el concurso de los cincuenta metros ortiga en posición cuclillas, ya me llegó al alma. Con los pies por delante y las manos apoyadas en el suelo por detrás, sin más ropa por debajo de la cintura que un delantal debían hacer el recorrido. Al agacharse los participantes -otra vez muy numerosos- en el momento de la salida, el delantal se encogía hacia arriba y los atributos se descolgaban hacia abajo haciendo rastro en el surco de ortigas que marcaba el recorrido de la prueba. Ganó José Emiliano haciendo la distancia con la facilidad de una araña patuda, otros, más torpones, aún deben conservar en sus partes algún que otro habón ortiguero.

Dejando de lado estos concursos de toque semierótico que, aquí, hubiesen supuesto directamente la excomunión, intenté echar un pulso a *Evaristo* con algu-

na de sus creaciones y otras de mi propia inventiva (*Tiro de piedra, Cruje-sargas etc.*) para llenar de entretenimiento y risas esos momentos vacíos que tiene la fiesta, y ni por asomo lograba igualarlo. ¿Era yo el que no servía?, ¿eran algo simplones los *gualaviaros?*, o se daban las dos circunstancias. En fin, se fue *Evaristo* y con esta mezcla de envidia, nostalgia y admiración, continué soñando con hacer una fiesta mejor y, al final, desistí del empeño y me di cuenta de que los sueños, pues eso...